

gracias, busqué un palo para que me sirviera de bordon, alcé un sombrero muy viejo de petata que estaba tirado en un muladar: me lo planté, me despedí de mis hospedadores y tomé el camino de la garita de San Lázaro.

Llegué al pueblo de Ayotla, donde dormí aquella noche sin más novedad que acabar, por vía de cena, con mi repuesto.

Al día siguiente me levanté temprano y seguí mi camino para Puebla, manteniéndome de limosna hasta llegar á Rio Frio, donde me sucedieron las aventuras que vais á leer en el capítulo que sigue.

CAPITULO IX.

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones: quiénes fueron estos; el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía.

Nada de fabuloso tiene la historia que habeis oido, queridos hijos míos: todo es cierto, todo es natural, todo pasó por mí, y mucho de este todo, ó acaso más, ha pasado, pasa y puede pasar á cuantos viven entregados como yo al libertinaje, y quieran sostenerse y aparentar en el mundo á costa ajena, sin tener oficio ni ejercicio, ni querer ser útiles con su trabajo al resto de sus hermanos.

Si todos los hombres tuvieran valer y sinceridad para escribir los trabajos que han padecido moralizando y confesando ingenuamente su conducta, veriais, sin duda, una porción de *Periquillos* descubiertos, que ahora están solapados y disimulados, ó por vergüenza ó por hipocresía, y conoceriais más á fondo lo que os he dicho, esto es: que el hombre vicioso, flojo y disipado padece más en la vida, que el hombre arreglado y de buen vivir. Entendidos que en esta triste vida

todos padecen; pero sin proporcion padecen más en todas las clases de la república los malvados, sea por un orden natural de las cosas, ó por un castigo de la Divina Providencia empeñada en ejecutar su justicia aun en esta vida miserable.

Siendo yo uno de los perdidos, fuerza era que tambien me llorara desgraciado, creciendo mis desventuras à medida de mi maldad por una necesaria consecuencia, segun los principios que llevamos establecidos.

Dejé pendiente mi historia diciéndoos como caminaba para Puebla, desnudo, hambriento, cansado, deshonorado entre los que sabian mi mala conducta, despreciado de mis amigos y abandonado de todo el mundo.

Así, y lleno de una profunda melancolía, y de los remordimientos interiores que devoraban mi corazón trayéndome á la memoria mis maldades, llegué un dia al anochecer á una venta cerca de Rio Frio, donde pedí por Dios que me dieran posada. Lo conseguí, que al fin Dios castiga, pero no destruye á sus hijos por más que estos le sean ingratos. Cené lo que me dieron y dormí en un pajar, teniendo á mucha bonanza encontrar alguna cosa blanda donde acostarme, pues las noches anteriores habia dormido en la dura tierra.

A otro dia madrugué, y el ventero sabedor de mi ruta, me dijo que fuera con cuidado, porque habia una cuadrilla de ladrones por aquel camino. Yo le agradecí su advertencia; pero no desistí de mi intento, seguro en que no teniendo que me robaran, podia caminar tranquilamente de

lante de los ladrones, como nos dejó escrito Juvenal.

Empapado en mil funestos pensamientos iba yo con la cabeza cocida con el pecho y mi palo en la mano, cuando cerca de mí oi tropel de caballos: alcé la cara y ví cuatro hombres montados y bien armados, que rodeándose de mí y teniéndome por indio, me dijeron: ¿de dónde has salido hoy y de donde vienes? Señores, les dije, he salido de esta última venta y vengo de Mexico para servir á vdes. Entónces conocieron que no era indio, y uno de ellos, á quien yo tenia especie de haber visto algun dia, fijándome la vista se echó del caballo abajo, y abrazándome con mucha ternura, me decia: ¿Tú eres, Periquillo, hermano? ¿Tú eres, Periquillo? Sí, no hay duda: las señas de tu cara son las mismas; á mí no se me despintan mis amigos. ¿No te acuerdas de mí? ¿no conoces á tu antiguo amigo el Aguilucho, á quien debiste tantos favores cuando estuvimos juntos en la cárcel?

Entónces yo lo acabé de conocer perfectamente, y deseando aprovechar aquella coyuntura favorable que me proporcionaba la ocasion, lo apreté entre mis brazos con tal cariño, que el pobre Aguilucho me decia á media voz: ya está Perico, hermano, ya está por Dios, no me ahorques ántes de tiempo.

Aho ^é sí, decia yo lleno de consuelo y de entusiasmo: ahora sí que se acabaron mis trabajos pues he tenido la dicha de encontrar á mi mejor amigo, á quien debí tantísimos favores, y de

quien espero me socorra en la amarga situación en que me hallo.

¡Pues qué ha sido de tu vida, hijo de mi alma! Me preguntó: ¿qué suerte has corrido? ¿Qué malas aventuras has pasado que te veo tan otro y tan desfigurado de ropa? Qué ha de ser, le contesté, sino que soy el más desgraciado que ha nacido de madre. Después que me separé de mi amigo Juan Largo, que sin agravio de lo presente, era tan hombre de bien y tan buen amigo como tú, he tenido mil aventuras favorables y adversas; aunque si vale decir verdad, más han sido las malas que las buenas.

Pues ese es cuento largo, me dijo el mulatillo interrumpiéndome: sube á las ancas de mi caballo, nos encaramaremos sobre aquella loma, y allí podremos platicar mas despacio; porque en los caminos reales espantamos la caza.

No entiendo eso de espantar la caza, le dije, pues yo jamás he visto cazar en caminos reales, sino en los bosques y lugares no transitados por los hombres.

Tanto así tienes de guaje, (1) me dijo el Aguilucho; pero cuando sepas que nosotros no andamos á caza de conejos ni de tigres, sino de hombres, no te hará fuerza lo que te digo. Por ahora sube á caballo, que es lo que te importa. Yo obedecí su imperioso precepto: subí, y guiamos todos á un cerrito que no estaba lejos del camino.

Luego que llegamos, nos apeamos, escondieron los caballos tras de su falda y nos sentamos en-

1 Tan necio y tan bobo eres.—E

tre un matorral, desde donde veíamos muy bien, y sin poder ser vistos de cuantos pasaban en el camino real.

Ya en esta disposición sacó el Aguilucho de un talego de cotense un queso muy bueno, dos tortas de pan y una botella de aguardiente.

Desenvainó un cuchillo de la bota campanera, partió el pan y el queso, y comenzamos todos á darle vuelta.

Acabada la comida nos dió por su mano un traguito de aguardiente á cada uno, pero tan poquito que apenas me llegó al gallo. Los ojos se me iban tras de la botella y á los otros también; mas él la guardó diciendo: no ha mayor locura en los hombres que prostituirse á la bebida. Nadie debía emborracharse, pero mucho menos los de nuestro oficio, pues vamos muy arriesgados.

¡Pues cuál es tu oficio? Le pregunté muy admirado, y él sonriéndose me dijo: *Cazador*, y ya vez que un cazador borracho no puede hacer buena puntería.

Pero en tal caso, le repliqué, lo que más puede suceder es hacer sin fruto la carabana ó correría, mas hasta aquí no hay riesgo como dices. Si hay, dijo él: pueden cazarnos á nosotros, y tan bien que no nos quiten las esposas hasta después de muertos.

No me hables con enigmas, le dije, por vida tuya: explícame lo que hablas. Ahí lo sabrás, dijo él, pero cuéntanos tus aventuras.

Pues has de saber, le dije, que cuando fui á dar á la cárcel donde tuve el honor de conocerte, fué de resultas de una manotadilla de amigos, que

Iba á dar á la casa de una viuda mi querido Juan Largo, en cuyo lance pudo haber sido presa de los soldados y sereneros; pero tuvo la fortuna de escapar con tiempo en compañía de otro amigo suyo muy hábil y valiente que se llamaba Culis el Pipilo, muchacho bueno á las derechas, y que segun me decía Januario, habia aprendido á robar con escritura. . . Buena sea la vida de vd., me dijo riéndose un negrito alto, chato y de unos ojillos muy vivos y pequeños. Yo soy, continuó, yo soy el tal Pipilo, aunque no muy guajolote, y me acuerdo de vd. y de la noche en que lo vi con el sereno cuando pasó corriendo. ¿Co: qué en que paró vd. por fin, y cómo fué eso de que fuera á dar á la de pita por nosotros?

Entonces les conté todas mis aventuras, que celebraron mucho, y me dijeron como Januario era capitán de cazadores de gentes, y andaba por otros rumbos no muy léjos de por allí: que ellos eran del arte con otros tres compañeros que se habían extraviado algunos días antes, y los esperaban por horas con algunos buenos despojos: que el jefe de ellos era el señor Aguilucho: que aquel oficio era muy sócorrido: que solia tener sus contingencias; pero que al fin se pasaba la vida y se tenían unos ratos famosos, y por último, amigo, me decía el Pipilo, si vd. quiere alistarse en nuestras banderas, experimentar esta vida y salir de trabajos, bien podrá hacerlo, supuesta la amistad que lleva con nuestro capitán, y su gentil disposición, que pues ha sido soldado, no le cojerán de nuevo las fatigas de la guerra, los asaltos, los avances, las retiradas ni nada de esto que nunca falta entre nosotros.

Amigo, le dije, yo le estimo su convite y el deseo que tiene de hacerme beneficio; pero se ha engañado en su concepto creyéndome útil para el caso, pues para eso de campaña no es mi disposición gentil, sino herege y judía, porque nada vale. Siempre he tenido miedo á que me aporreen, y he procurado evitar las ocasiones; y con todo esto no me ha valido. Una vez una vieja me estampó una chinela en la boca: otra, me puso al parto un payo á palos: otra, me molieron á trompones los presos de la cárcel en compañía del señor capitán Aguilucho, que no me dejará mentir: otra, me dieron una puñalada que por poco no la cuento: otra, me jorobaron á pedradas los indios de Tula: otra, me quebró setenta ollas en la cabeza un indio *macuache*: otra, me desmecharon unas coscolinas: y por último, me aporreó un difunto en un velorio. Conque vean vdes. si soy desgraciado y con razón estoy acobardado.

Vamos, dijo el Aguilucho, esas son delicadezas, los hombres no deben ser cobardes, mucho menos por niñerías. En esas pendencias que has tenido, Periquillo cobarde, qué vara de mondongo te han sacado? ¿Con cuántas jicaras te han remendado el casco? ¿Qué costillas menos cuentas? Ni qué pié ni mano echas menos en tu cuerpo? Nada de esto te ha pasado: tú estás entero y verdadero sin laca ni cicatriz notable. Conque esa es una cobardía vergonzosa ó una grande conveniencia, porque me parece que tu eres más *convenienciero* (1) que cobarde, y quisieras pasarte buena vida sin arriesgarte á nada; pero hijo, eso está ver-

de, porque el que no se arriega no pasa la mar, y los trabajos se hicieron para los hombres.

Hermano, le dije, no sólo es conveniencia, sino que soy miedoso de mí, y naturalmente no me hace buen estómago que me aporreen. Es cierto que en las malas aventuras que he tenido no me han sacado las tripas, ni me han quitado un brazo, ni una pierna, como dices; pero también es cierto que á excepción de la pendencia del indio, yo he llevado mis buenos porrazos sin buscarlos, y sin provocar á nadie. Esto me ha hecho más cobarde; porque si sin meterme á valiente, y ántes excusando las ocasiones, he salido tan mal librado, ¿qué fuera si yo hubiera sido valentón, espadachín y perdona-vidas? Seguramente ya me hubieran despachado á los infiernos, á buen compoñer, haciéndome primero picadillo.

Conque así no, hermano, yo no valgo nada para cazador. Si acaso quieren les serviré de escribiente para su mayoría, de marmiton ó de ranchero, de mayordomo, de guardaropa, de tesoro, de caballero, de médico y cirujano, que algo entiendo, de asesor, de barbero ó cosa semejante; pero para esto de salir á campaña y batirme con los caminantes, ni por pienso. Si fuera cosa de hallarlos amarrados y durmiendo, tal vez haría algo de mi parte, y eso acompañado con vdes.; pero esto de salirles mano á mano, viniendo ellos con las auyas sueltas y prevenidas con un sable, una pistola ó una escopeta, ¡Jesus me valga! ni pensarlo, camaradas, ni pensarlo. Ya digo que tengo miedo, y cuidado, que confesar un hombre que tiene miedo, es el mayor sacrificio que puede hacer

á la verdad; porque reflexionen vdes. y verán que apenas habrá uno que haga alarde de buen mozo, de sabio, de rico y cosa así: ántes no tienen embarazo para tenerse en ménos que otros en hermosura, en talento, en riqueza ó en habilidad; mas en tocándoles en lo valiente, ¡cuerpo de Cristo! no hay un cobarde, siquiera con la boca; todos se vuelven Scipiones y Annibales: nadie tiene miedo á otro, y cada uno se cree capaz de tenérsela con el mismo Fierabrás.

Esto prueba que aunque no todos los hombres sean valientes, á lo ménos todos quieren parecerlo cuando llega la ocasión, y tan lejos están de conocer y confesar su cobardía, que el más tímido suele ser el que más bravea cuando no tiene delante al enemigo. Conque ser yo la excepción de la regla y venir confesando que tengo miedo, es prueba de que soy un hombre de bien á las derechas, pues no sé mentir, que es otra prenda tan apreciable como rara en los hombres.

Mira cuánto has hablado, hermano, me dijo el Aguilon, no en valde te llaman Periquillo. Pero dime, hombre, ¿cómo siendo tan cobarde fuiste soldado, porque ese ejercicio está tan reñido con el miedo, como la luz con las tinieblas.

Eso no te haga fuerza, le contesté: lo primero, que yo fui soldado de mantequilla, pues no pasé de un asistente flojo y regalón, sin saber no ya lo que es una campaña, pero ni siquiera las fatigas del servicio. Lo segundo, que no todos los soldados son valientes. ¿Cuántos van á fuerza á

1 Amigo de sus conveniencias ó comodidades. — E.

la campaña, que no irían si los generales al aproximarse al enemigo publicaran como Gedeon, un bando para que el que se sintiera débil de espíritu se fuera á su casa? Yo aseguro que no pasarían de trescientos valientes en el ejército más lucido y numeroso, si no la llevaban muy cocida, ó les instigaba la codicia del saco. Lo tercero y último, que no todos les que dicen que tienen valor saben lo que es valor.

Mr. de la Rochefoucauld, dice: "que el valor en el simple soldado, es una profesion peligrosa, que toma para ganar su vida." Explica las diferencias de valores, y concluye diciendo: que el perfecto valor consiste en hacer sin testigos lo que serian capaces de hacer delante de todo el mundo." Conque ya ves que el ser soldado no es prueba de ser valientes.

¡Caramba, Periquillo, y lo que sabes! me dijo con ironía el Aguilucho; pero con todo tu saber estás en cueros; más sabemos nosotros que tú. En fin, que traigan los caballos, irás á ver nuestra casa, y si te acomodare te quedarás en nuestra compañía; pero no pienses que comerás de valde, pues has de trabajar en lo que puedas.

En esto fueron á traer los caballos, les apretaron las cinchas, y yo monté en las ancas del del Aguilucho, que era famoso, y nos fuimos.

En el camino iba yo lisongeándome interiormente de la habilidad que habia tenido para engañar á los ladrones, exagerándoles mi cobar día que no era tanta como les habia pintado; pero tampoco tenia ganas de salir á robar á los caminos exponiendo mi persona. Si el modo conque

estos roban, decia yo á mi coton, no fuera tan peligroso; con mil diablos me echara yo á robar, pues ya no me falta más que ser ladrón; pero esto de ponerme á que me cojan ó me den un balaço, eso si está endemoniado. ¡Dichosos aquellos ladrones que roban pacificamente en sus casas sin el menor riesgo de sus personas! ¡Quién fuera uno de ellos!

En estas majaderías entretenía mi pensamiento, mientras que trepando cerros, bajando cuestras y haciendo mil rodeos, fuimos á dar á la entrada de una barranca muy profunda.

A poco de haber entrado en ella avistamos unas casas de madera adonde llegamos y nos apeamos muy contentos; pero más alegres que nosotros salieron á recibirnos otros tres cazadores, que eran los que el Aguilucho me dijo que se habian extraviado pocos dias antes de aquel.

Luego que vieron al Aguilon, le dieron muchos abrazos, y este se los correspondió con gravedad. Entramos á la cueva y le manifestaron dos cajones de dinero, un gran baúl de ropa fina, y un envoltorio de ropa tambien, pero más ordinaria, junto con una buena mula de carga y dos caballos excelentes. Esto es, decia uno de ellos, todo el fruto del negocio que hemos hecho en siete dias que faltamos de tu lado.

No esperaba yo ménos de la viveza de ustedes, dijo el Aguilucho; vamos á ver: repartámonos como hermanos. Diciendo esto, comenzó á repartir la ropa entre todos y el dinero se echó al granel en unos baúles que allí habia, añadiendo el señor capitán: ya saben ustedes que en el

dinero no cabe reparticion, y así, cada uno tomará lo que guste con mi aviso para lo que necesite. A este pobre mozo, dijo señalándome, es menester que cada uno lo socorra, pues es mi amigo viejo, viene atendido á nosotros, y aunque es mi dosillo, ahí se le quitará con el tiempo; tiene lo más que es no ser tonto; dá esperanzas.

Apénas oyeron la recomendacion aquellos buenos prójimos, cuando todos á porfía me agasajaron. Uno me dió dos camisas de estopilla muy buenas, otro una cotona de paño de primera azul guarnecida con cordon y flecos de oro; otro, unos calzones de terciopelo negro con botones de plata nuevos, y sin más defecto que tener el aforro ensangrentado; otro, me habilitó de medias, calzoncillos y ceñidor; otro, me regaló botas, zapatos y ataderos; otro, me dió un sombrero tendido, de color de chocolate de muy rico castor, con galoncito de oro al bordo y una famosa toquilla, y el último me dió una buena manga de paño de grana con su dragona de terciopelo negro, guarnecida con galon y flecos de plata.

Después que todos me habilitaron con lo que quisieron, el Aguilucho me regaló su mismo caballo, que era un tordillo quemado del mejor mérito, y me lo dió sin quitarle la silla, armas de pelo, freno ni cosa alguna. A esta galantería añadió la de regalarme sus buenas espuelas y tantos cuantos pesos pude sacar en seis puñados, y me mandaron vestir á toda prisa.

Concluida esta diligencia, hicieron una seña con un pito, y salieron cuatro muchachonas no feas y bien vestidas, las que nos saludaron muy

afables, y luego nos sirvieron una buena mesa, y tal que yo no la esperaba semejante en aquellas barrancas tan ocultas y retiradas del comercio de los hombres.

Así que se acabó la comida, me dijeron cómo aquellas señoras estaban destinadas al servicio comun de todos, y tanto ellas entre sí como ellos entre ellos, se llevaban como hermanos, sin andar con etiquetas y sin conocerse en aquella feliz Arcadia la maldita pasion de los zelos.

Acabáronse estas inocentes conversaciones; mandaron ensillar los caballos del Aguilucho y del Pipilo, y se marcharon todos á ver si hallaban caza, dejándome sólo con las mujeres, y diciéndome que me entretuviera en reconocer y limpiar las armas.

Yo jamás habia limpiado una escopeta; pero las mujeres me enseñaron, y se pusieron á ayudarme; y para hacer el trabajo llevadero, me preguntaron mi vida y milagros, y yo las entretuve contándoles mil mentiras, que creyeron como los artículos de fé; y en pago de mi cuento me refirieron todas sus aventuras, que se reducian á decir que se habian extraviado y habian venido á dar con aquellos hombres desalmados, una porque su madre la regañaba; otra, porque su marido era zeloso; aquella, porque el Pipilo la engañó, y la última, porque la tentó el diablo.

Así pretendia cada una disimular su lubricidad y hacerse tragar por una bendita; pero ya era yo perro viejo para que me la dieran á comer; conocia bien al comun de las mujeres, y sabia que las más que se pierden es porque no se

acomodan con la sujecion de los padres, maridos, amos ó protectores.

Sin embargo, yo me hice tonto y alegre, y supe de este modo todos los arcanos de mis invictos compañeros; me dijeron cómo eran ladrones y daban asaltos de interes, que todos eran muy valientes, que rara vez salian sin volver habilitados y que ya estaban ricos.

En prueba de esto me enseñaron un cuarto lleno de ropa, alhajas, baúles de dinero, armas de todas clases, sillas, frenos, espuelas y otras mil cosas, por las que eché de ver que en realidad eran ladrones por mayor; mas admirándome de que cómo no se apartaban de aquella vida, que no podía ser muy buena ni muy segura, teniendo ya todos con qué pasarla, cuando no sin zozobras interiores, á lo ménos sin sustos de la justicia y sin riesgo de los robados, me dijeron: que era imposible que dejaran esa vida, lo uno, porque no pedían sacar la cara sin exponerse á ser conocidos; y lo otro, porque el robar era vicio, lo mismo que el beber, jugar y fumar; y así, que pretender quitar á aquellos señores de los caminos en clase de ladrones, seria lo mismo que querer quitarles las barajas á los tahures, y los vasos á los ébrios.

En esto estábamos, cuando ya al anochecer llegaron los valientes á casa: sea apearon, y despues de jugar y chacotear tres ó cuatro horas, cenamos todos juntos muy contentos, y despues nos fuimos á acostar, dándome para el efecto suficiente ropa y una piel curtida de cibolo.

Yo advertí que se quedaban cuatro de guardia

á la entrada de la barranca para hacer su cuarto de centinela como los soldados, y así me acosté y dormí con la mayor tranquilidad, como si estuviera en compañía de unos varones apostólicos; pero como á las tres de la mañana me la interrumpieron los gritos desafortados que dieron todos, pidiendo su carabina, otros su caballo y todos cacao, (1) como vulgarmente dicen.

El azoramiento de todos ellos, los gritos y llantos de las mujeres, el ruido de varios tiros que se oían á la entrada de la barranca y el alboroto general me tenían lelo. No hice mas que sentarme en la cama, y estarme hecho un tronco esperando el fin de aquella terrible aventura, cuando entró una mujer, se llegó á mi rincon, y tropezando conmigo me conoció, y enfadada de mi flema, me dió un pescozon tan bien dado que me hizo poner en pié muy de prisa. Salga vd., collon, me decia, mándria, amujerado, maricon: ya la justicia nos ha caído y están todos defendiéndose, y el muy sinvergüenza se está echadote como un cochino. Ande vd. para fuera, socarron, y coja ese sable, que está tras de la puerta: ó si no yo le exprimiré esta pistola en la barriga.

Esta fiesta era á obscuras; pero de que yo oí decir exprimir pistolas, salté como un rayo, porque no me acomodaban esas chanzas.

Como mi salida fué en camisa y con el sable que me dió la mujer, me desconocieron los compañeros, y juzgándome alguacil en pena, me dieron una safacoca de cintarazos que por poco me

1 Pedir cacao es frase familiar que significa confesarse vencido ó rendido á discrecion.—E.

matan, y lo hubieran hecho muy fácilmente según las ganas que tenían, pues uno gritaba, dale de filo, asegúralo, asegúralo; pero á ese tiempo quiso Dios que saliera una mujer con un ocote ardiendo, á cuya luz me conocieron, y compadecidos de la fechoría que habían hecho, me llevaron á mi cama y me acostaron.

A poco rato se sosegó el alboroto, y á éste siguió un profundo silencio en los hombres, y un incansable llanto en las mujeres. Yo algo aliviado de los golpes que llevé, al escuchar los llantos, y temiendo no fuera otro susto que acarreará á mi cama alguna maldita mujer desahorada, me levanté con tiempo, me vestí, salí para la otra pieza y me encontré á todos los hombres rodeados de un cadáver.

La sorpresa que me causó semejante funesto espectáculo fué terrible, y no pude sosegar hasta que me dijeron cuanto había sucedido, y fué: que los centinelas apostados de vigilancia, vieron pasar cerca de ellos y como con dirección á la barranca, una tropa de lobos, y creyendo que eran alguaciles, les dispararon las carabinas, á cuyo ruido se alborotaron los de abajo: subieron para la cumbre, y pensando que dos de sus compañeros que bajaron á avisar, eran alguaciles, les dispararon con tan buen tino, que á uno le quebraron una pierna, y al otro le dejaron muerto en el acto.

Cuando oí estas desgracias me dí de santos de que no hubiera yo sufrido sino cintarazos, y hasta creo que se aliviaron más mis dolores. Ya se ve, el hombre cuando compara su suerte con otra

más ventajosa, se cree desdichado; pero si la compara con otra más infeliz, entónces se conuela y no se lamenta tanto de sus males. La ástima es que no acostumbramos compararnos con los más infelices, sino con los más dichosos que nosotros, y por eso se nos hacen intolerables nuestros trabajos.

En fin, amaneció el día, y á su llegada concluyó el velorio, y sepultaron al difunto. El Aguilucho me dijo: tú me dijiste que entendías de médico: mira á ese compañero herido, y dime los medicamentos que me han de traer de Puebla, que los traerán sin falta, porque todos los venteros son amigos y compadres, y nos harán el favor.

Quedéme aturdido con el encargo; porque entendía de cirugía tanto como de medicina, y no sabía que hacer, y así decía entre mí: si digo que no soy cirujano sino médico, es mala disculpa, pues le dije que entendía de todo: si empeoro al enfermo y lo despacho al purgatorio, temo que me vaya peor que en Tula, porque estos malditos son capaces de matarme y quedarse muy frescos. ¡Virgen Santísima! ¿que haré! Alumbrame. . . Animas benditas, ayudadme. . . Santo mío, San Juan Nepomuceno, pon tiento en mi lengua. . .

Todas estas deprecaciones hacia yo interiormente sin acabar de responder, fingiendo que estaba inspeccionando la herida, hasta que el Aguilucho enfadado con mi pachorra, me dijo: ¡por fin, á qué horas despachas! ¿Qué se trae!

No pude disimular más, y así le dije: mira, no se puede ensamblar la pierna, porque el hueso

está hecho astillas (y era verdad). Es menester cortarla por la fractura de la tibia, pero para esto se necesitan instrumentos y yo no los tengo. ¡Y qué instrumentos se han menester? preguntó el Aguilucho. Una navaja curva, le respondí y una sierra inglesa para acerrarle el hueso á quitarle los picos. Está bien, dijo el Aguilucho y se fueron.

A la noche vinieron con un tranchete de zapatero y una sierra de gallo. Sin perder tiempo nos pusimos á la operacion. ¡Válgame Dios! ¡cuánto hice padecer á aquel pobre! No quisiera acordarme de semejante sacrificio. Yo le corté la pierna como quien taseja un trozo de pulpa de carnero. El infeliz gritaba y lloraba amargamente; pero no le valió, porque todos le tenían afianzado. Pasé despues á aserrarle los picos del hueso, como yo decia, y en esta operacion se desmayó, así por los insufribles dolores que sentia, como por la mucha sangre que habia perdido, y no hallaba yo modo de contenérsela, hasta que con una hebra de pita le amarré las venas, y aprovechando su desmayo le cautericé la carne con una plancha ardiendo. Entónces volvió en sí y gritaba más recio; pero algo se le contuvo la hemorragia.

Finalmente, á mí no me valió el aceite de palo, el azúcar y el romero en polvo, el estiércol de caballo, ni cuantos remedios de estos le aplicaba, cada rato se le soltaban las vendas, y le salia la sangre en arroyos. Esto junto con lo mal curado de lo restante, hizo que el debilísimo paciente se agangrenara pronto, y tronara como tronó á los dos dias.

Todos se incomodaron conmigo atribuyendo aquella muerte á impericia, y con sobrada razon; pero yo tuve tal labia para disculparme con la falta de auxilios á la mano, que al fin lo creyeron, enterraron al muerto y quedamos amigos. ¡Cuántas averias hacen los hombres mas ó menos funestas por meterse á lo que no entienden!

Así pasé despues sin novedad como dos meses, escribiendo los apuntes que querian, rasurándolos y quedándome de dia á cuidar el serrallo de mis amos, amigos y compañeros. Una noche, de los cinco que salieron volvieron cuatro muy confusos, porque les mataron uno en cierta campaña que tuvieron; pero no perdieron el ánimo, antes propusieron vengarse al otro dia. Son tres, decian, y tres mozos; éstos no valen nada, y así el partido está por nosotros: nos la han de pagar, por los huesos de mi madre. Mañana han de pasar por Río Frio, allí nos veremos.

Acabadas estas amenazas, cenaron y se acostaron. Yo hice lo mismo, pero no muy á gusto, reflexionando que se iba desmembrando la compañía, y acordándome de echar mi barba en remojo, porque veia pelar muy seguido la de mis vecinos.

Pensaba en desertarme; pero no me atrevia, porque ignoraba la salida de aquel encantado laberinto: ni aun osaba comunicar mi secreto á las mujeres, temeroso de que me descubrieran.

En estos cálculos pasé la noche, y á otro dia muy de madrugada me levantaron y me hicieron vestir. Yo lo hice luego, luego. Despues ensillaron mi caballo, y me pusieron dos pistolas en la

cintura, una cartuchera y un sable; me acomodaron una mojarra en la bota, y me pusieron una carabina en la mano.

¿Para qué son tantas armas? Preguntaba yo muy espantado. ¿Para qué ha de ser, bestial! Decía el Aguilon, para que ofendas y te defiendas.

Pues nada haré seguramente, decía yo, porque para ofender no tengo valor, y para defenderme me falta habilidad. Yo en los casos apurados me atengo á mis talones, porque corro mas que una liebre; y así para mí todo es escusado.

Enfadóse el Aguilucho con mi cobardía, y sacando el sable, me dijo muy enojado: vive Dios, bribon, cobarde, que si no montas á caballo y nos acompañas, aquí te llevan los demonios. Yo, al verlo tan enojado, hice de tripas corazón, fingiendo que mi miedo era chanza, y que era capaz de salir al encuentro al demonio si viniera en traje de caminante con dinero: se dieron por satisfechos: seguimos nuestro camino con designio de salirles á los viandantes, robarlos y matarlos; pero no sucedió segun lo pensaron.

CAPITULO X.

En el que nuestro autor cuenta las aventuras que le acaecieron en compañía de los ladrones, el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado y el principio de su conversión.

Aunque muchas veces permite Dios que el malvado ejecute sus malas intenciones ó para acrisolar al justo, ó para castigar al perverso, no siempre permite que se verifiquen sus designios. Su Providencia que vela sobre la conservación de sus criaturas, mil veces embaraza ó destruye los infenos proyectos para que las unas no sean pasto de la ferocidad de las otras.